



*Valor del espíritu
académico para la
Educación en Josef
Pieper.*

*Alivio para el agobio del alma
funcionaria de nuestro tiempo.*

Ignacio Sergio Leonetti
Universidad Católica de La Plata
ignacio.leonetti@ucalpvirtual.edu.ar

Resumen

El empoderamiento técnico y el giro materialista de los últimos siglos han marcado con una huella indeleble a la humanidad de nuestro tiempo. La guía que podía suponer la vida espiritual enraizada en una metafísica que la sustente se ha desdibujado al compás de la mecanización total de la vida misma. Lamentablemente estas circunstancias se manifiestan en el síntoma de la pérdida de una real comunicación y diálogo entre las personas, problemáticamente reemplazados por el lenguaje formal –y totalitario- de la nueva sofisticada publicitaria y proselitista.

Frente a esto se alza el pensamiento de Josef Pieper que nos urge a recuperar la vida espiritual en el espíritu de la contemplación para que el hombre se encuentre a sí mismo y a los demás. Para ello, traza como camino esencial el espíritu académico en la Educación Superior. Todas las ciencias –especialmente al ser enseñadas- deben vivir “lo académico” en su sentido más originario para ser forjadoras de almas pensantes y frenar el avance totalitario del automatismo en la vida de cada ser humano.

Palabras clave

Comunidad, Lenguaje, Educación Superior, Espíritu académico, Sofística

Abstract

The technical empowerment and materialistic turn of the past centuries have left an indelible mark on the humanity of our time. The guide that spiritual life could suppose rooted in a metaphysics that sustains it has been blurred in time with the total mechanization of life itself. Unfortunately, these circumstances are manifested in the symptom of the loss of a real communication and dialogue between people, problematically replaced by the formal - and totalitarian - language of the new advertising and proselytizing sophistic.

Against this stands the thought of Josef Pieper who urges us to recover spiritual life in the spirit of contemplation so that man can find himself and others. To do this, it traces the academic spirit in Higher Education as an essential path. All the sciences –especially when they are taught- must live “the academic” in its most original sense to be forgers of thinking souls and stop the totalitarian advance of automatism in the life of every human being.

Keywords

Community, Language, Higher Education, Academic spirit, Sophistry

“Cuanto más se le escuchaba (a Adolf Eichmann), más evidente era que su incapacidad para hablar iba más estrechamente unida a su incapacidad para pensar (...) No era posible establecer comunicación con él, no porque mintiera, sino porque estaba rodeado por la más segura de las protecciones contra las palabras y la presencia de otros, y por ende contra la realidad como tal.”

Hannah Arendt

Casi todos los autores de envergadura del pasado siglo XX han detenido su pensamiento ante el diagnóstico acuciante de su tiempo que continúa hasta nuestros días: el hecho de que el hombre contemporáneo ha perdido la brújula del ser, se encuentra desquiciado en su propia identidad metafísica y no sabe responder ante un mundo que asoma cada vez más extraño. Los mismos autores coincidieron en su mayoría en la causa de este diagnóstico: el ocaso de la vida espiritual en aras del empoderamiento técnico.

Pero han sido menos los intelectuales que, junto al diagnóstico y el pesar por el derrotero que tomaba la humanidad, se animaron a plantear alternativas de salida a esta encrucijada en términos afirmativos.

Uno de ellos ha sido Josef Pieper. Su posición, bastante conocida y compartida por nosotros, sostiene que el ser humano sólo puede ser él mismo si recupera, vive y profundiza la vida espiritual que le ha sido otorgada como don de lo Alto. Para lo cual urge afincarse en la contemplación que permitirá hacerle frente al poder de una técnica escindida del pensamiento que ha parasitado la existencia del hombre actual.

Nuestro propósito aquí es recuperar y meditar estas ideas, así como también detenernos en la importancia que la Educación Superior tiene para forjar almas contemplativas y, a su vez, protegerlas del espíritu sofista y administrativo que ocluye la visión de nuestra actualidad cada vez más castigada precisamente por ideologías ciegas, animadas por el agobio, el desasosiego y el nihilismo.

I. Un diagnóstico

Josef Pieper centra su reflexión en la vigencia que tiene la sofística en plena edad contemporánea, reeditando la vieja batalla que mantuvieron Sócrates y Platón en los albores de la Historia de la Filosofía frente a estos formidables adversarios.

En este sentido el autor diagnostica que nuestro tiempo, acuciado por un nihilismo más o menos perceptible, ha caído en la banalización de la palabra y por ende de la realidad. Con ello se trastoca el orden de lo estable y el otrora sólido ser de las cosas se esfuma en la perversión de un voluntarismo que sabe mucho a fuerza y poco a raciocinio y diálogo.

Pieper nos recuerda que no podemos soslayar el impacto del lenguaje en la constitución y comprensión de la realidad. La corrupción sofisticada de la palabra dispone un dique en la relación del sujeto con las cosas y el prójimo porque pone en jaque sus dos funciones esenciales, a saber: hacer patente la realidad y constituir el canal comunicativo por excelencia entre los hombres. Sin estos destinos el mundo del lenguaje gira sobre sí mismo en el espiral de una hermenéutica sin fin que enclaustra al ser humano en un solipsismo tan estéril como peligroso.

Esta consideración nos remite inmediatamente a la herencia del pensamiento de Nietzsche. Su ideal acerca de las trampas de la razón y el lenguaje, la búsqueda de una forma más intuitiva para comprender –si cabe el término– de una manera más originaria la prístina realidad y, por último, la inclusión del socratismo entre las principales y más nefastas influencias sofisticadas, son para él razones suficientes como para desterrar de plano el verdadero sabor de las palabras¹ e imponer el conocido giro lingüístico. Junto a Nietzsche, también consignamos aquí los orígenes de la filosofía genealógica –aunque incompleta– en Schopenhauer y el “pensamiento de la sospecha” que reúne a estos autores con Marx y Freud.

Foucault, a quien mencionamos tan sólo como ejemplo de esta herencia, afirma que en el siglo XIX la interpretación ha venido a reemplazar a la teoría clásica del signo y que “(...) *ha llegado a ser al fin una tarea infinita*” (p 40) porque “(...) *cada signo es en sí mismo no la cosa que se ofrece a la interpretación, sino interpretación de otros signos*”.² Sabemos que la conclusión lógica a la que llega el autor y afirma con contundente entusiasmo es que la interpretación y su metódica aplicación sobre una realidad que se disuelve, es infinita. Sólo hay interpretación.

Por su parte, Pieper nos redirige a una consideración algo más atemperada con la realidad. La consecuencia del vaciamiento de las palabras y la caída en una hermenéutica sin fin conducen a la pérdida de la realidad y de la sustancialidad de las cosas. En este sentido para nuestro autor, el nihilismo de Gorgias hay que entenderlo con una profundidad metafísica que puede sorprender al desprevenido:

1. Cf. Friedrich Nietzsche, *Sobre verdad y mentira en sentido extra-moral* (Bs. As.: Miluno, 2012). Aquí Nietzsche nos comparte su famosa metáfora de las palabras como “monedas gastadas” que han perdido su significación precisamente al no poder certificar con el grabado el valor que poseen.

Otra nota interesante de mención –que excede el presente trabajo– es la manera casi exclusivamente moral que tiene Nietzsche para la comprensión del ser de las cosas, punto de vista que considera perimido, pero del cual parte necesariamente. Consideramos que este reduccionismo mella fuertemente su especulación y en todo el horizonte lingüístico que caracteriza su impronta con un condicionamiento de consecuencias nefastas.

2. Michel Foucault, «Nietzsche, Freud, Marx», *ECO* no.113-115 (1969): 43. Es claro que nos distanciamos de esta postura pero no podemos dejar de mencionarla en pos de evidenciar algunos trazos que nos ayudan a entender las causas de la actual pérdida de sustancialidad de las cosas.

‘No hay nada’, no quiere decir que ‘no haya’ los mil hechos que posibilitan a su vez las diez mil noticias y comentarios. Pero sí quiere decir: no hay nada ‘detrás de’ esos hechos; no hay que contar con *el* ser que pudiera poseer una fuerza normativa y conforme al que se registraría, o al menos podría regirse, el que hiciera uso de la palabra.³

Esta quita de peso y significación en el ser de las cosas por parte de la sofística, hace que la ruptura con la realidad transforme al lenguaje en un instrumento de poder para suplantar por esa vía el orden que se pierde junto a la realidad. Y nuevamente aquí es imposible no pensar en Nietzsche y su voluntad de poder que afirmó con una ingenuidad optimista que hoy ya no escandaliza ni sorprende a nadie.

Ahora bien, llegamos aquí al punto central de nuestro diagnóstico: ocurre que tal dominio “organizacional”, tal manejo funcional de individuos por parte de los poderosos persiguiendo fines específicos, se impone por la sugestión de lo posiblemente bueno y dulce que pueda sonar el lenguaje mismo. Éste es el peor de los dominios y es el legado de la sofística en la visión de nuestro autor.

El lenguaje se vuelve instrumento de poder por medio de la adulación que anula la verdadera comunicación con el otro porque lo reduce a herramienta, mera cosa entre tantas otras. La sofística traiciona la realidad y el verdadero encuentro humano por medio del rebaje instrumental al que se somete a los hombres, y lo hace por medio de la sonrisa vacía y cínica del “caer bien” con halagos hipócritas.

Pieper sabe bien de lo que habla puesto que esta reflexión la pronuncia en el ambiente universitario, en la bulliciosa década de 1960.⁴ Son tiempos en los que el estado de bienestar despunta con fuerza en la Europa de postguerra e, inmersa en la nueva “Guerra Fría”, permite y promueve el mandato mercantil del consumismo en tanto que los jóvenes manifiestan el pulso espiritual e ideológico de la época reunida en torno al nihilismo existencialista y el divertimento⁵ sin restricciones. También este

3. Josef Pieper, «Abuso de poder, abuso de lenguaje», en *La fe ante el reto de la cultura contemporánea*, Rialp. (Madrid: 1980), 220.

4. Originalmente “*Abuso de poder, abuso de lenguaje*” constituyó un discurso pronunciado en la Asamblea Anual de la Fundación de la Investigación Alemana en el Aula Magna de la Universidad de Berlín en julio de 1964. Dicho discurso llevaba por título “*La corrupción de la palabra y el poder: la lucha de Platón contra la sofística*”.

5. El “*amusement*” largamente analizado por la Escuela de Frankfurt desde fines de la década de 1930.

Esta suerte de diversión banal es esgrimida por el poder racionalista y totalitario como estructuras de dominación que vacían al ser humano de su “sí mismo”, predisponiéndolo como material que se amolda a los fines del dominador. Al respecto escriben Theodor W. Adorno y Max Horkheimer: “*Los productos de la Industria Cultural pueden ser consumidos rápidamente incluso en estado de distracción. Pero cada uno de ellos es un modelo del gigantesco mecanismo económico que mantiene a todos bajo presión desde el comienzo en el trabajo y en el descanso que se le asemeja.*” Cf. Theodor W. Adorno y Max Horkheimer, *Dialéctica del Iluminismo* (Madrid: Ed. Nacional, 2002), 125.

Y también Adorno refiere sobre la hiperactividad de la vida y la diversión contemporáneas: “*(...) a través del caprichoso exceso de tareas se aprende a que realmente a uno no le resulta más difícil vivir sin yo, sino más fácil (...) si no se está nadando materialmente con la corriente humana surge el temor a la desconexión y a atraerse la venganza de lo colectivo. La pseudo-actividad es como un reaseguro (...) Sólo así se mantiene vivo, hinchándose cada vez más, el monstruoso*

escenario nos tienta a pensar cómo hubiese sido un debate entre Pieper y Foucault, que por aquellos tiempos ascendía al firmamento de la intelectualidad enarbolando estas banderas culturales.

Mencionamos la idea de la adulación como la estrategia central del mercado. Pieper resalta el problema más insidioso en torno a la misma: “(...) *la creciente falta de capacidad de resistencia con que se deja halagar la opinión pública (...)*”⁶ Es que precisamente, la manipulación sofisticada del lenguaje dispone al individuo para que crea la ficción presentada como realidad a través de la huella espiritual y psicológica del convencimiento. Para Platón, en palabras de Pieper, “*el sofista es un fabricante de realidad ficticia*”⁷ y lo propiamente malo de la sofística es que “(...) *el ámbito existencial del hombre es ocupado por una seudorealidad cuyo carácter ficticio amenaza con hacerse invisible (...)*”⁸

Así, esta suerte de realidad ficticia que cubre a la verdadera es aceptada por el sujeto a través del encantamiento de la propaganda, aislado previamente de la comunidad de iguales por medio de un lenguaje maltratado que solo se mira a sí mismo. Recordemos que sin lenguaje verdadero no hay realidad ni comunidad de encuentro en torno a ella.

El mandato de la sofística contemporánea, entonces, consiste en encandilar. Pero lo lleva a cabo en la individualidad de una suerte de mónada con lo cual se evita que una verdadera comunicación despierte las conciencias del amodorramiento. La atomización es el objetivo perseguido por el manipulador y el sofista de modo tal que los individuos no puedan guardar el vínculo con la realidad en el que la verdad se presenta a la inteligencia como juicio propio y compartido.

Si el hombre no se halla en la verdad, entonces será menos hombre porque se encuentra pobremente realizado sin ella, desnutrido y desorientado. El sofista cercena el diálogo y la comunidad que en él se encuentra para vivir la plenitud de la realidad con el lenguaje como vehículo y testigo de esa verdad. Contra este peligro luchó Platón y, según Pieper, contra él también necesitamos entablar combate nosotros.

La herramienta que el tirano de nuestro tiempo posee para cumplir con sus propósitos de dominación (sobre todo espiritual) es la propaganda recientemente mencionada.

aparato de la distracción sin que haya uno solo que la encuentre.” Cf. Theodor W. Adorno, *Minima Moralia*, (Madrid: Akal, 2006), 144-145.

El “*amusement*” constituye una de las críticas que pueden ser convocadas en el presente trabajo a favor de nuestro punto y uno de los tópicos característicos que esta escuela supo aportar a la reflexión filosófica y sociológica del s. XX.

6. Pieper, «Abuso de poder, abuso de lenguaje», 224.

7. Pieper, «Abuso de poder, abuso de lenguaje», 231.

8. Pieper, «Abuso de poder, abuso de lenguaje», 231.

La propaganda es signo manifiesto de la corrupción de la palabra, es el uso de los términos como armas disfrazadas para lograr una recepción benevolente de la víctima. Viene a nuestra mente ahora aquella clarividente metáfora de Ernst Jünger sobre el tirano (¿y por qué no también sobre el sofista?): “(...) era un maestro en el arte de fingir una bonhomía llena de trampas.”⁹

Sutilmente en la propaganda se impone la caricatura del orden natural conjugada por un poder autómatas que finge una vida de la que carece realmente. En la propaganda late aquel nihilismo que animara la reflexión de Gorgias y que en nuestro tiempo de ocasos metafísicos se rebela como sarcástico escepticismo que sobrevuela la misma nada que afirma con trucos y metodologías hábiles.¹⁰

A propósito de esto último, a la tiranía y su propaganda sofisticada le son útiles los individuos que se encuentran lamentablemente vaciados de sí mismos a través del sinsentido esparcido por el nihilismo del que damos cuenta. El ejecutante de todo lo mencionado necesariamente tiene que ser alguien separado del ser de las cosas y aglutinado en torno a la bandera vacía pero bien estructurada de un lenguaje propagandístico y voluntarista. Creemos que Albert Camus en su admirable ensayo sobre la rebelión moderna da en el clavo cuando afirma que la tiranía del totalitarismo racional por medio de la denigración de las personas ha conseguido crear una “física de las almas”, que ha permitido “(...) la transformación de las relaciones humanas tradicionales”.¹¹ ¿Y en qué se evidencia tal situación? Responde el autor: “(...) el diálogo, relación de personas, ha sido reemplazado por la propaganda o la polémica, que son dos especies de monólogo. La abstracción, propia del mundo de las fuerzas del cálculo, ha sustituido a las verdaderas pasiones (...)”¹²

En las “fuerzas del cálculo” comprobamos que el poder totalitario es artificioso. Intenta ensayar un sucedáneo de la realidad, repleto de mecanismos diseñados para la adhesión de la masa que ha perdido su capacidad de ser comunidad. Desarticular el diálogo que fomenta el encuentro entre espíritus encarnados que piensan y comparten es lo que permite que la masa de individuos autómatas¹³, de funcionarios “funcionales” que suscriban y defiendan como peones de ajedrez las pancartas del dominador.

9. Ernst Jünger, *Sobre los acantilados de mármol*, (Bs. As.: Tusquets ed., 2008), 64.

10. La experiencia histórica del nazismo en el poder de Alemania es un gran y fatídico ejemplo repleto de anécdotas tristes sobre esta cuestión que exceden el propósito de este trabajo pero que valdría la pena desarrollar en otra ocasión.

11. Albert Camus, *El hombre rebelde*, (Bs. As.: Losada, 2003), 223.

12. Albert Camus, *El hombre rebelde*, 223.

13. Si se nos permite la relación, mientras se gestaban los totalitarismos en la Europa de las primeras décadas del s. XX, el cine se dedicó a retratar en varios films que se volvieron clásicos, el problema y peligro de los “individuos autómatas”. Piénsese en ‘Césare’ de “*El gabinete del Dr. Caligari*” (R. Wiene, 1920) y la hipnosis “a distancia” que ejerce sobre otros el ‘Dr. Mabuse’ en “*El testamento del Dr. Mabuse*” (F. Lang, 1933).

En este sentido, tal vez, el último giro macabro del diagnóstico nos lleve a los campos de concentración de cualquier régimen totalitario. El individuo reducido a cosa. Violentado en su dignidad se le hace “amar” la muerte para poner fin a la tortura, se le señala el camino del mecanismo que priva toda espontaneidad que es precisamente la que garantiza que la vida siga viva. En este sentido remitimos nuevamente a la filosofía alemana del siglo XX que en diversos exponentes supo distinguir el precipicio (para usar oportunamente otra metáfora de Nietzsche) al que asoma su rostro el hombre contemporáneo.

Mencionamos aquí la conocida crítica de la Escuela de Frankfurt sobre la Industria Cultural como arma esencial para el dominio totalitario contemporáneo. Adorno y Horkheimer señalan respecto del cine de Hollywood que *“el film, no deja a la fantasía ni al pensar de los espectadores dimensión alguna en la que puedan moverse por su propia cuenta (...)”*¹⁴.

Por su parte contamos también con el profundo análisis sociológico e histórico de Hannah Arendt sobre los totalitarismos y en particular sobre el “caso Eichmann” del cual le tocó ser testigo directo de su juicio en Israel. A la autora le permitió descubrir el misterio del mal que se hace presente justamente en el funcionario, en aquel que acata órdenes sin la más mínima objeción de conciencia, inevitablemente obnubilada por el poder del dominador. Como lo señalamos con el epígrafe al comienzo, Eichmann era incapaz de entablar diálogo y pensar con el otro. Sus frases eran frases hechas (sumamente estructuradas pero vacías), aún en su propio juicio coqueteaba vanidosamente con toda la parafernalia discursiva que había acuñado el nazismo para la muerte. Sucede que la degradación de la palabra no es inocua, constatamos que lleva a la muerte espiritual y hasta física del individuo. El desprecio de la palabra nos muestra el cinismo de las consignas y de los carteles desperdigados en los campos de concentración para desmoralizar y aniquilar espiritualmente al recluso. Un cinismo que es embajador del nihilismo. Nuevamente con nosotros el nihilismo.

Pieper, citando a Jünger, nos ilustra con la precedencia social y académica de un mundo tecnificado que deviene en mero formalismo y pseudo-realidad. Comenta que *“(...) quien ha realizado el carácter del trabajo está en situación de poder ser ‘sacrificado sin escrúpulos’ (...)”*¹⁵ Es decir que aceptar el hecho de reducir la vida humana a un simple funcionamiento que responde al conductismo de mandatos, estímulos, premios y castigos, esquematismos, en síntesis, aceptar en reducir la vida a sólo trabajo material, hace que el hombre degenera en el autómatas que los tiranos necesitan para que todo lo anterior advenga.

14. Cf. Adorno y Horkheimer, *Dialéctica del Iluminismo*, 125.

15. Josef Pieper, *El ocio y la vida intelectual*, (Madrid: Rialp, 1997), 198.

En una rueda sin fin, se articulan retroalimentándose, la degradación sofisticada de la palabra y del espíritu, crisis del diálogo y la verdad¹⁶, junto a la mecanización de las conductas por medio del trabajo y la masificación para desencadenar un poder que falsifica la realidad y destruye todo lo que encuentra a su paso. Solo cuando se cuenta con individuos que –en exclusiva- puedan cumplir con la característica de ser funcionarios y nada más que funcionarios¹⁷, se podrá esperar el fatídico desenlace de la dominación del hombre por el hombre sin liberaciones de ningún tipo. Afirma Arendt que

(...) las únicas personas fiables (para el totalitarismo) son las que no solo saben lo bastante o están lo bastante bien entrenadas como para no tener opinión alguna, sino que tampoco saben lo que significa estar convencidas. Los experimentos de las purgas han demostrado que el funcionario totalitario ideal es el que actúa pase lo que pase, aquel que no tiene otra vida aparte de su función.¹⁸

II Esbozo de solución

Providencialmente el ser humano está creado de una madera noble que lo hace irreductible al absoluto dominio de los esquematismos. El sentido que supiera descubrir Viktor Frankl para fundar luego su logoterapia, da cuenta de ello. También esta esperanzadora afirmación de la propia Arendt, quien hablando de la degradación humana que persigue el terror totalitario, sostiene: *“No es posible erradicar por completo la espontaneidad, porque la vida como tal, y desde luego la vida humana, depende de ella.”*¹⁹

¿En dónde, pues, hallar el espacio adecuado para que el ser humano se reencuentre con su ser, con la palabra y el diálogo, con el prójimo? ¿Por medio de qué herramientas es posible saltar los laberintos y las trampas de un lenguaje y una pseudo-cultura que solo son lastres de la verdadera vida?

Todos los autores mencionados coinciden en la respuesta: la educación.

16. En un artículo escrito para el periódico argentino “La Nación” el 25 de junio de 1971, sentenciaba con su habitual sencillez Jean Guitton: *“(...) cuando la idea de un invariante como es lo verdadero se borra, es inmediatamente reemplazada por el culto del estado de hecho en el momento presente: la opinión, la actualidad, la ley del número. Y es por eso que toda crisis de lo verdadero lleva inmediatamente a una adoración de la fuerza.”*

17. Por razones de espacio no podemos habilitar el desarrollo de otro análisis extraordinario y bastante conocido sobre este tema: *“La abolición del hombre”* de Clive S. Lewis. Simplemente mencionamos que el autor llama “Condicionadores” a los tiranos que detentan el poder de vaciar al ser humano, que controlarán los valores y sabrán cómo producir conciencia. Por otro lado estarán los “artefactos humanos” que no serán infelices frente a esta realidad porque simplemente no serán personas, sino sólo artefactos. Concluye Lewis que la última y definitiva conquista del Hombre (con mayúsculas) será su propia abolición. Cf. Clive S. Lewis, *La abolición del hombre*, (Barcelona: Ed. A. Bello, 2000).

18. Hannah Arendt, «Los hombres y el terror», en *Los hombres y el terror y otros ensayos*, RBA ed. (Barcelona: 2012), 137.

19. Arendt, «Los hombres y el terror», 135.

El filósofo y sociólogo argentino Roberto Brie²⁰ en un pequeño y conocido opúsculo diagnosticaba la caída de la sociedad moderna en la racionalidad instrumental. Hace suyas las investigaciones que había realizado Mannheim sobre el tema y comenta que en nuestro tiempo la creciente organización de la sociedad lleva a exacerbar la racionalidad funcional y no la racionalidad substancial.

La consecuencia directa es que “(...) *en lugar de conducir a los hombres a comportamientos cada vez más substancialmente racionales, paradójicamente se los lleva a conductas cada vez más irracionales (...)*”²¹

Entonces, ¿qué hacer? Responde Brie: “(...) *es sólo a través de la educación que se podrá poner un dique a este proceso de deterioro*”.²² Y a continuación se centra en un planteo antropológico y gnoseológico: la inteligencia necesita recuperar y madurar los hábitos del pensamiento riguroso²³ para adquirir el juicio crítico que se debilita en nuestro tiempo mientras crecen los ruidos de la maquinaria del lenguaje vacío y las consignas de barricadas. Con el mismo podremos creer esperanzados en una educación que oriente a la inteligencia humana hacia la realidad de las cosas.

Josef Pieper transita las mismas reflexiones y sitúa este tema en aquello que debe animar al individuo y a las instituciones superiores que lo forman.

Sabemos que ha sido totalmente fortuito el nombre de “académico” en referencia a los estudios y a la vida institucional que, desde Platón, la humanidad dispone para sus jóvenes y estudiantes. Sin embargo, el término ha ido identificándose con lo que propiamente pueda entenderse como educación desde sus propios fundamentos.

Para Pieper, necesariamente, el término “académico” debe ser asociado a la idea de lo filosófico pero no porque todo saber “sea filosofía” en el sentido específico de esta ciencia sino porque todo saber necesita ser asumido en sus bases filosóficas. Para completar el círculo, Pieper entiende que lo “académico filosófico” está atravesado por una característica esencial que es la teoría.

20. Roberto Brie (1926-2003), Doctor en Filosofía y Sociología. Escritor y traductor. Tiene una vasta trayectoria como docente e investigador a nivel mundial. Alumno o colega de varios de los intelectuales más importantes del s. XX (entre los cuales se cuentan Heidegger, Guardini y el propio Pieper), dedicó toda su vida al estudio de la filosofía clásica y la alemana. Fue investigador del Conicet (Argentina) y también rector de varias universidades argentinas.

21. Roberto Brie, *Los hábitos del pensamiento riguroso*, (Bs. As.: Ed. Del viejo aljibe, 1998), 14.

22. Brie, *Los hábitos del pensamiento riguroso*, 16. (Pensamos nuevamente en C. S. Lewis que afirma que “estamos criando hombres sin pecho”, y que la buena educación, orientada al ser de las cosas es la única dadora de sentido para “llenar ese pecho vacío”).

23. Luego de recuperar la noción tomista de “hábito”, Brie distingue y reflexiona sobre los hábitos del pensar riguroso que, en orden, serían: definición; distinción; relación y causalidad; sistematización; crítica y síntesis.

Es también significativo de mencionar que el autor resalta la esencial importancia del docente a la hora de motivar para que el alumno/discípulo se lance a la búsqueda y profundización del sentido del ser.

Y es aquí donde suenan las alarmas para el canon científico e intelectual contemporáneos. Aún hoy –y lamentablemente vemos las consecuencias por doquier e incluso un poco el presente artículo trata de esto- se entiende la práctica desde un horizonte eminentemente “práctico” si se nos permite la ironía. Se ha reducido la práctica a su aspecto material, a la técnica, a la comprensión de sus dispositivos y metodologías, pero no se la comprende en un horizonte más amplio y metafísico a partir de una teoría que la sustente. Más o menos implícitamente, la teoría sigue siendo menospreciada en los círculos educativos y científicos actuales por este motivo.

En este sentido, resulta muy interesante detenernos en la distinción que realiza nuestro autor entre lo académico y lo profesional. Mientras que éste último elemento define la *expertise* del graduado en la ciencia aplicada, el primero responde a las bases metafísicas del ser cuyo objeto su ciencia estudia. Por ello se impone la exigencia de que “(...) las Universidades sean algo más que institutos de enseñanza profesional (...)”²⁴ y esto será posible si se entiende a la formación profesional atravesada y constituida esencialmente como formación académica, es decir, como formación filosófica y teórica.

Es así que no debe escandalizarnos la presencia y defensa de la teoría en la educación puesto que recuperarla significa ganar la más plena de las libertades para los saberes académicos mismos. Citamos al autor en un pasaje que nos parece esencial acerca de la diferencia entre el estudio especializado hecho filosóficamente de aquel que no es hecho filosóficamente:

La diferencia consiste en este modo ‘puramente teórico’ de volverse hacia el objeto; lo distintivo es esa manera especial de mirar, que se dirige a aquella hondura en que las cosas no están determinadas de esta o la otra manera, o son útiles para esto o lo otro, sino que son formas y figuras de lo más admirable que se pueda pensar: del ser (...) es el sorprender y arrebatador entusiasmo en la investigación cada vez más profunda a la vista insondable de la profundidad del mundo, a la vista del carácter misterioso del ser, delante del misterio de que algo *exista* y *sea*; es el olvido de todos los fines inmediatos de la vida, que acontece al que así se admira (¿afortunada o desgraciadamente?...); todo esto es lo que distingue exactamente la interna estructura y actitud, la atmósfera del estudio de una ciencia particular hecha filosóficamente.²⁵

Es esencial, entonces, poner en valor nuevamente a la filosofía y recuperar el concepto de “artes liberales” para aquellas ciencias que en algún momento menos “materialmente práctico” de la historia de la educación asumieron el desprendimiento como lugar basal, piedra fundamental, del edificio del saber. Pieper es contundente en este sentido: la filosofía es libre o no es filosofía, pero las ciencias particulares –atadas a sus objetos específicos de estudio- solo serán libres si se las piensa

24. Pieper, *El ocio y la vida intelectual*, 183.

25. Pieper, *El ocio y la vida intelectual*, 185-186.

filosóficamente. Y esto se logra si en aquel lugar originario, donde cada ciencia respira su esencia y se encuentra en la intimidad de sí misma, puede desprenderse –también originariamente- del lastre (¿ideológico, cultural?) de la mera finalidad práctica. La célebre sentencia metafísica del *operari sequitur esse*, pensada para otra coyuntura, también puede iluminar el tema que nos convoca. Sólo la ciencia es fiel a sí misma si primero se reconoce en su ser y se regocija en él para luego planificar su funcionalidad práctica. Transitar el camino inverso, el de “intentar comprenderse en el hacer”, tanto para la ciencia como para las instituciones que disponen su enseñanza es una traición a sí mismas y a la realidad de la que buscan ser testigos²⁶. De esto trata para Pieper la libertad académica “(...) *sofocada tan pronto como las ciencias se convierten en pura organización finalista de una agrupación de poderes organizados.*”²⁷

Ahora bien, ¿cómo vinculamos más específicamente estas consideraciones al diagnóstico previo? Afirmamos con el autor que la filosofía y todo el corpus de saberes científicos en general no pueden ser reducidos a mero pragmatismo profesional, ni tampoco éste puede ser entendido como “causa final” de dichos saberes. Diría Pieper que tenemos que saltarnos de la lógica utilitaria del trabajo en tanto que el mismo en nuestras sociedades es aceptado como canon que regula la vida y “gestor” de un nuevo tipo de heroísmo²⁸ que prescinde de todo valor espiritual. Además, esto ocurre principalmente entre las nuevas generaciones de estudiantes universitarios.

En este punto es en el que asociamos el diagnóstico previo. La sociedades pragmáticas, olvidadas de una teoría que se arraigue en el ser de las cosas y sea captada por medio de la contemplación, son promovidas, formadas e hinchadas (pero no nutridas) por la sofística. Por ello, lo académico en sus orígenes es lo opuesto al sofista. Lo académico tiene como fundamento a “(...) *la teoría filosófica que se abre a lo venerable de la creación*”²⁹ con lo que forma al hombre que se acerca a éste con la medida de la realidad misma que es irreductible a los formalismos sofísticos y a los trucos de la persuasión del manipulador contemporáneo.

Para el sofista no hay tradición ni contenido que valga según nuestro autor, porque no hay apertura a la realidad que nos hable de ellos. No hay mirada puesta en esa hondura de la que nos hablara Pieper. Sin embargo, la realidad es la que nos muestra la existencia del juicio de verdad para que el sujeto se

26. Pieper, *El ocio y la vida intelectual*, 190. Afirma el autor que en la consideración de los antiguos “(...) *filosofar es, ante todo, una relación fundamental con la realidad, relación que precede a toda posición consciente y que se substrahe a cualquier caprichoso mandato de la ratio (...)*”.

27. Pieper, *El ocio y la vida intelectual*, 186.

28. Pieper, *El ocio y la vida intelectual*, 197-199. Refiere el autor que “*va ganando prestigio la dedicación heroica a ser únicamente funcionario*” y también que la figura del trabajador “*está ataviada con símbolos de heroísmo y ha sido elevada al rango metafísico de un proceso salvador*”.

29. Pieper, *El ocio y la vida intelectual*, 200.

conforme a ella y, por otra parte, nos enseña que tal conformidad es un camino casi sagrado que ocupa a las generaciones humanas a lo largo de los siglos, un camino que además es enseñable.

El desprecio sofisticado (¿ilustrado?) por estas cosas, conduce directamente a la sujeción del más fuerte, del falso ordenamiento exterior a la realidad y los hombres mismos. En definitiva, entroniza al funcionario que cumple órdenes, vacío de consciencia (porque se le ha vaciado la realidad de la vida en primer lugar) que dispone bajo el clamor propagandístico al advenimiento del mundo totalitario.

Por lo tanto, una verdadera educación académica tal vez sea, no sólo el mejor, sino también el único remedio o la única arma con los que contamos para frenar al totalitarismo, a la manipulación y a la debacle socio-comunitaria de una muerte existencial que aquellos propenden soterradamente.

En este sentido, para Pieper son tres los hechos pedagógicos o educativos que deben evitarse para que el saber académico no degenera en academicismo sofista.

En primer lugar para alcanzar cierto grado de educación verdaderamente académica no deben acumularse saberes y conocimientos de forma superpuesta y sin criterios. La mera erudición no es garantía de alcanzar la realidad y amenaza con saturar la contemplación natural del hombre con el agobio material de elementos asumidos de forma acrítica.³⁰

Segundo, toda ciencia especializada que desee apreciarse de académica tendrá que evaluar si sus conocimientos y métodos permiten acceder el objeto último de toda ciencia que es el ser mismo de las cosas realizado en ellas. En otras palabras, los saberes podrán asumir el sentido originario del nombre “académico” si aceptan y asumen la metafísica.

Por último, y en consonancia con lo primero, la educación que se precie de académica debe evitar a toda costa la exclusividad de lo formal. Afincarse en los métodos, escoger términos o expresiones con impacto y madurar una retórica vacía se encolumnan como pilares de un pseudo-saber que proviene del nihilismo y hacia él se conduce, agigantando el agujero negro de su misterioso origen.

De esta manera, Josef Pieper concentra algunas características distintivas que necesitan recorrer las aulas de las instituciones educativas de todos los niveles y, en particular, las de Enseñanza Superior,

30. Al respecto mencionamos la conocida distinción que realiza Santo Tomás de Aquino acerca de la *studiositas*, virtud del estudio, y su defecto la *curiositas*. Cf. Tomás de Aquino, *Suma de Teología*, II, II, q. 166-167 (<https://www.dominicos.org/media/uploads/recursos/libros/suma/4.pdf>). Acceso el 29 de enero de 2021.

También compartimos lo que Alberto Manguel en un estudio sobre la lectura nos refiere acerca de los “devoradores de libros”: “(...) *la culpa voraz del lector: tragarse las palabras sin beneficiarse de su significado, traduciendo el texto a ilusiones en vez de a la experiencia fundamentada. La larva de los libros sigue siendo tonta a pesar de todos los libros que ha devorado.*” Alberto Manguel, *El viajero, la torre y la larva. El lector como metáfora*, (Bs. As.: FCE, 2015), 102.

porque allí se juega la maduración plena de una vocación que necesita ponerse al servicio de la comunidad abrevando sus inquietudes en la sabiduría del ser de las cosas. Para ello, sabemos que la interlocución está a cargo de las artes liberales que son justamente aquellos campos del conocimiento que se desprenden de todo fin utilitario y particular. Urge en nuestro tiempo poder promoverlas –con la filosofía a la cabeza– como aquellas compañeras de camino que al modo de Virgilio o Beatriz advierten y asumen con serenidad los desafíos de las particularidades de la aventura.

Las artes liberales ayudan a comprender a todos los saberes del amplio espectro científico que el objetivo fundamental consiste en entablar un diálogo fecundo con las cosas cuyo ser nos brinda el sentido. En la realidad hay sentido y en la profundidad de su expresión y descubrimientos se esfuman como fantasmas de un mal sueño las fórmulas estridentes de la fascinación propagandística, se desvelan las extorsiones de los manipuladores y se desarticula el poder total de una razón sistémica que se ha salido de su eje, que ha traicionado la escucha (y por lo tanto el lenguaje) de la realidad, que ha olvidado la verdad.

Las ciencias no deben de perder de vista estas premisas a la hora de buscar la distinción de ser consideradas académicas. El “ser académico” no se agota en un mote o una declaración de principios universitarios sino que más bien posee el noble privilegio de vincular al ser humano con la fibra íntima de la Creación que se abre a los ojos de nuestra inteligencia y a la afección de nuestra voluntad.

En última instancia el espíritu académico de toda ciencia y de toda educación en ciencias nos conduce a Dios porque entramos en esa comunión con la profundidad de lo real por medio de la veneración que mencionamos.³¹ Y ella ensancha el espíritu del ser humano y lo atrae con lazos de amor a la contemplación en el ocio, le permite festejar el encuentro con aquello que lo completa. En esta experiencia se centra el enorme poder para contrarrestar la fosilización del ser que propone la sofística. Advierte Arendt: “*En el momento en que el hombre ya no se define como una creatura Dei, le resultará muy difícil no concebirse, consciente o inconscientemente, como un Homo faber*”.³²

Como este proceso ya está en desarrollo y nosotros somos sus testigos, el desafío de toda educación es forjar el espíritu académico que transite el camino inverso.

31. Pieper, *El ocio y la vida intelectual*, 185-199. El autor asocia a la academia platónica, nacida al amparo de *Academos*, con la condición cuasi-divina de la filosofía en general: la filosofía entendida en términos clásico se nutre de una raíz escondida que es la misma vida divina, con lo cual la filosofía es propiedad exclusiva de los dioses en el sentido de que nada ni nadie puede arrebatársela.

32. Hannah Arendt, «Los huevos rompen a hablar», en *Los hombres y el terror y otros ensayos*, 123.

BIBLIOGRAFÍA

Adorno, Theodor W., *Minima Moralia*. Madrid: Akal, 2006.

Adorno, Theodor W., y Horkheimer Max. *Dialéctica del Iluminismo*. Madrid: Ed. Nacional, 2002.

Aquino, Tomás de, *Suma de Teología*, (<https://www.dominicos.org/media/uploads/recursos/libros/suma/4.pdf>)

Arendt, Hannah, «Los hombres y el terror». En *Los hombres y el terror y otros ensayos* publicado por RBA ed., 124-138. Barcelona: 2012.

Arendt, Hannah, «Los huevos rompen a hablar». En *Los hombres y el terror y otros ensayos* publicado por RBA ed., 102-123. Barcelona: 2012.

Brie, Roberto, *Los hábitos del pensamiento riguroso*. Bs. As.: Ed. Del viejo aljibe, 1998.

Camus, Albert, *El hombre rebelde*. Bs. As.: Losada, 2003.

Foucault, Michel, «Nietzsche, Freud, Marx», *ECO*. N°113-115 (1969): 33-48.

Jünger, Ernst, *Sobre los acantilados de mármol*. Bs. As.: Tusquets ed., 2008.

Lewis, Clive S. *La abolición del hombre*. Barcelona: Ed. A. Bello, 2000.

Manguel, Alberto, *El viajero, la torre y la larva. El lector como metáfora*. Bs. As.: FCE, 2015.

Nietzsche, Friedrich, *Sobre verdad y mentira en sentido extra-moral*. Bs. As.: Miluno, 2012.

Pieper, Josef. «Abuso de poder, abuso de lenguaje», en *La fe ante el reto de la cultura contemporánea* publicado por Rialp, 213-235. Madrid: 1980.

Pieper, Josef, *El ocio y la vida intelectual*. Madrid: Rialp, 1997.